

obreros de Babel! Hemos descubierto la llaga de la Reforma, personificada en sus mas conocidos atletas. El monge sajón los juzgará.

Un hombre como Lutero no revive solamente en sus obras y en las narraciones de sus contemporáneos. Allí donde holló el suelo con su planta, han quedado señales indestructibles. La vida del doctor fue al mismo tiempo una lucha y una peregrinación á través de la Alemania. Almas entusiastas van hoy á visitar los lugares en que tuvieron lugar los fenómenos de la Reforma, como en otros tiempos iban á la Tierra-Santa nuestros padres. También nosotros hemos hecho ese viaje. Hemos visitado á Eisleben, Eisenach, Erfurt, Worms, Spira, Wittemberg, recogiendo recuerdos é imágenes, que servirán para comprender mejor la narración y proporcionarnos algunas provechosas lecciones. Así, cuando se nos enseñe con un respeto que raye en la idolatría el vaso que Lutero llevaba á sus labios, pediremos que se nos explique el desprecio de nuestros adversarios hácia los huesos de los mártires de nuestra fe: si el protestante se sienta conmovido bajo del árbol que resguardó á Lutero cerca de Oppenheim, bien podremos nosotros besar la mano de alguno de los santos que prefirieron la muerte al perjurio; y si se nos enseñan las gotas de tinta que saltaron de la escribanía que Lutero tiró á la cabeza del diablo, tendremos menos trabajo en alcanzar indulgencia para las leyendas de algunas reliquias nuestras.

Nuestra historia es libro de convicción y de buena fe; júzguesele como le hemos escrito.

HISTORIA

DE

MARTIN LUTERO

Y DE SUS ESCRITOS.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMEROS AÑOS DE LUTERO.—1483-1508.

Nacimiento de Lutero.—Hans Lutero, su padre.—Los *Currend Schulen* de Magdeburgo.—Eisenach y Cotta.—Lutero en Erfurt.—En el convento.—Lutero sacerdote.—Su vida eclesiástica.

El padre de Lutero, Hans, era un pobre vecino de la aldea de Mœhra, en el condado de Mansfeld; su madre, Margarita Lindemann, criada de un establecimiento de baños, temerosa de Dios, casta, y sobre todo muy afecta á la oración, podía ser considerada como el modelo de su sexo en Eisleben. «La he preguntado repetidas veces, dice Melancton, cuándo habia nacido Martin, y aunque recordaba perfectamente el dia y la hora del nacimiento, no le sucedia lo mismo con el año.»

Contaba que el parto se verificó el 10 de noviembre á

las once de la noche; que se habia bautizado el niño al dia siguiente, y que se le habia puesto en la pila el nombre del santo cuyo aniversario celebraba la Iglesia. Santiago, hermano de Lutero, jóven de virtud y piadoso, creia que el nacimiento de Martin habia sido en el año del Señor de 1483. Toda su familia fue de labradores. Poco tiempo despues de haber nacido Martin, Hans dejó á Eisleben, y se trasladó á la villa de Mansfeld, donde cambió su oficio por el de minero. Hans adquirió una pequeña propiedad de tierras, y mas tarde llegó á desempeñar un cargo en la magistratura, al cual le llevaron la amistad y la estimacion de sus conciudadanos.

Trabajaba todo el dia para procurar el sustento de sus hijos; pasaba los domingos y las fiestas en casa, y muy raras veces se le veia ir á la taberna. Antes de su llegada á Mansfeld vivian él y su familia con grandes privaciones. Cada vez que Lutero traia á la memoria estos recuerdos de la infancia, decia, dirigiéndose á los amigos que le rodeaban: « Mis padres fueron muy pobres; para alimentarme mi padre labraba la tierra, y mi madre conducia cargas de leña sobre sus hombros: eran de aquellas personas honradas, cuya raza ya se ha estinguido.»

¡Bendiga Dios su pobreza y laboriosidad! Hans, en su oficio de minero, prosperó hasta tener criados y dependientes, y pudo educar á su numerosa familia. No se sabe cuántos hijos tuvo; dos murieron de la peste que afligió con sus estragos á Europa, á principios del siglo .xvi; una de sus hijas se casó con el copista Rafael, de Mansfeld, cuyo nombre se ve citado en la correspondencia de Lutero.

Debe, pues, reputarse á Hans como uno de esos honrados aldeanos de Alemania, que todavia se encuentran hoy en la alta Sajonia, aplicado al trabajo y á la oracion, amante de su familia, y muy reconocido á Dios, siempre que le enviaba un nuevo hijo. Por la noche le gustaba descansar, oyendo, despues de haber bebido unos cuantos

vasos de cerveza, alguna relacion bíblica que le leia Santiago en los libros que le prestaban los padres del convento, y que eran entonces de muy difícil adquisicion. Se acostaba temprano, despues rezaba, y muchas veces iba á arrodillarse á los pies de la cama de Martin, para pedir que el niño creciera en el temor de Dios. Hans tenia sus armas, como los nobles de su tiempo; consistian en un martillo de minero, con el que se hallaba Lutero tan orgulloso como podia estarlo Sickingen con su espada. Solia traer frecuentemente á su mesa al prior ó al maestro de escuela de Mansfeld, y este se complacia en hacer preguntas al niño, cuya mirada se fijaba ya sin turbarse sobre el interrogador. Tenia seis años, y sabia leer y escribir correctamente. Cuando Melancton contrajo matrimonio, Hans formó parte entre los convidados á la boda, y se sentó en la mesa del festin nupcial al lado de los helenistas, de los doctorés, de los sabios y de los literatos, á quienes el jóven esposo habia invitado para celebrar su casamiento. Juan Reineck fue el primer camarada de Martin Lutero.

Un dia del mes de mayo de 1497 iban por el camino real de Mansfeld á Bernburgo dos estudiantes con el morral á la espalda, el baston en la mano, el corazón angustiado y los ojos llenos de lágrimas. Eran Martin Lutero, que tenia catorce años, y su camarada Reineck, que tenia la misma edad, poco más ó menos. Ambos acababan de dejar la casa paterna, y se dirigian á pie á Magdeburgo, Silla arzobispal, para asistir á las *Currendi Schulen*, gimnasios célebres en la edad media, y que subsisten todavia en Sajonia. Allí cada estudiante pagaba su alimento, asistencia y educacion con las limosnas que le daban los ricos, al pie de cuyas ventanillas iban á cantar dos veces á la semana, ó con lo que recogian cantando tambien en las iglesias: escuela de pruebas, miseria y abnegacion, de donde han salido las grandes lumbreras que han iluminado á la Alemania. Pero los ricos de Magdeburgo eran bien

poco caritativos, pues Lutero, á pesar de su hermosa voz, no pudo encontrar con qué pagar á sus maestros durante un año. Juan Reineck tuvo mejor suerte. Martín, pues, gastado su último llard, abandonó la ciudad de corazon de acero. Despidiose de sus compañeros y de su amigo; cogió su baston y su morral de peregrino; púsose en camino, y se dirigió hácia Eisenach, pequeña poblacion de la Turingia, perteneciente á los duques de Sajonia, en donde su madre tenia parientes. Al entrar en la villa dejó su morral en el suelo, y se puso á cantar al pie de una ventana de bastante buenas apariencias.

De repente asoma una mujer, que, admirada de los acentos, que la necesidad hacia penetrantes, echó al pobre estudiante dos ó tres monedas de cobre, que recogió muy alegre, levantando la cabeza y mirando á su bienhechora. Aquella mujer, que se llamaba Cotta, al ver los ojos del niño humedecidos por las lágrimas, le hizo señal para que subiera, y Martín no tuvo que quejarse de su inspiracion musical, porque le proporcionó la amistad de Cotta.

Lutero, al abrigo de la necesidad, se entregó con ardor al trabajo. «No habéis mal, repetia muchas veces, de los cantorcillos que van de puerta en puerta, pidiendo pan por amor de Dios, *panem propter Deum*, porque yo tambien he cantado para ganarme el pan de Dios, especialmente en Eisenach, en mi querida Eisenach.»

Habiéndose descubierto que aquel muchacho de tan bonita voz tenia una pasion decidida por la música, Cotta le compró una flauta y una guitarra, cuyos instrumentos se puso á aprender sin maestro. Despues de haber estudiado y pedido limosna, volvía al hogar hospitalario, y ensayaba en uno de sus queridos instrumentos alguna cancion alemana que habia recogido por el camino, como *Bendigamos al recién nacido, oh buena Marta, estrella del peregrino*. Cotta le escuchaba y aplaudía.

En aquella existencia errante, en la que Lutero se veía

obligado á triunfar de la miseria, so pena de sucumbir, debieron nacer probablemente aquellos gérmenes de fuerza contra la adversidad que los años desarrollaron, y la cólera siempre creciente contra la humanidad, á la cual se habia visto precisado á pagárselo todo, hasta el aire que respiraba.

En Eisenach estudió Lutero la gramática con un maestro afamado, que se llamaba Trebonio, el cual acostumbraba dar sus lecciones con la cabeza descubierta, para honrar, segun decia, á los cónsules, cancilleres, doctores y maestros que algun dia saldrían de su escuela. La viveza de imaginacion, la elocuencia natural, la rara facilidad de elocucion, la habilidad para componer en prosa y verso del estudiante, le hicieron bien pronto notable, hasta el punto de no tener rival entre sus condiscipulos.

Quando se hubo ya aficionado á las letras, fijó la atencion en Erfurt (1504), donde florecia entonces con gran fama una academia, á la que quiso asistir, segun dice su querido discipulo, para apagar de aquel modo su sed en el manantial de las buenas doctrinas. El padre de Martín cedió fácilmente á las instancias de su hijo. «Mi querido Hans, dice Lutero, me permitió frecuentar la universidad de Erfurt, y allí, gracias á su trabajo y á su cariño, pude terminar mis estudios escolásticos.» Tambien habria adquirido conocimientos profundos en las artes liberales, á haber encontrado maestros de mayor ilustracion, y quizá los encantos de la filosofía y la armonía de la antigua elocuencia, si le hubiese sido posible entregarse á su estudio mas estensamente, habrian suavizado su carácter. En Erfurt se consagró, con toda la efervescencia de la pasion, al difícil estudio de la dialéctica, que abandonó despues para cultivar los clásicos de la antigüedad: Ciceron, Virgilio y Tito-Livio, que leyó, no como un estudiante que se satisface aprendiendolas palabras de memoria, sino como una persona ilustrada, que busca en la lectura consejos, y en-

señanza de utilidad para el porvenir. Con estas flores, recogidas de las obras de los sabios, formaba el ramo cuyos perfumes debían embalsamar el camino que le quedaba que recorrer, sirviendo también para calmarle sus dolores de corazón y de cabeza.

Fue su catedrático en Erfurt Jodocus Truttvetter, á quien se conocía con el nombre del Doctor de Eisenach, y de cuya muerte se acusa Lutero, por creer que él contribuyó á apresurarla con sus tercas disputas contra la teología escolástica.

Había en aquel tiempo en las ciudades, y en todas las universidades de Alemania, bibliotecas, surtidas principalmente de manuscritos con miniaturas de realce en oro y plata: obras de minucioso trabajo, donde se veían reproducidos los tesoros de la antigüedad profana, y que habrían desaparecido si los monasterios no los hubieran salvado. En la biblioteca de Erfurt pasó Lutero sus mejores y más dulces horas. Gracias á Guttemberg, iban á poderse ahorrar los trabajos de los cenobitas: estaba descubierta la imprenta. Mayence y Colonia imprimían en todas partes los libros santos. Erfurt había comprado á muy subido precio algunas Biblias latinas, que se enseñaban con gran dificultad á los que deseaban registrarlas. Lutero llegó á ver una, y sus ojos devoraban con extraordinario afán la historia de Hannah y de su hijo Samuel. «¡Dios mío, esclamó: nada querría yo tanto como un libro igual á este!» En aquel momento sufría una completa revolución. La palabra humana, exornada con la poesía, le pareció muy inferior á la palabra inspirada, y desde entonces cobró aversión hácia el estudio del derecho, al cual quería dedicarlo su padre. Jodocus Truttvetter se le figuraba un pigmeo, á pesar del merecido renombre que tenía como canonista, cuando lo comparaba á Moisés ó á San Pablo. Lutero no pudo soportar el trabajo, que era superior á sus fuerzas. Tenía veinte años cuando cayó enfermo. Un

respetable y anciano sacerdote fue á visitarle: estaba pálido y demacrado, y se conocía que las ideas que preocupaban su mente agravaban sus padecimientos. «Vamos, hijo mío, le dijo el sacerdote: valor; no morireis de esta enfermedad; Dios os reserva un bello porvenir; llegareis á ser todo un hombre, y os tocará consolar á los demás, como yo os consuelo ahora; Dios os ama, porque os castiga.» Ciertamente que el confesor no leía en el porvenir, y mucho menos presentía los designios de la Providencia acerca de su penitente.

Lutero iba á sufrir otra prueba.

Había recibido en 1505 los grados en filosofía, y se dedicaba á estudiar la física y la moral de Aristóteles, cuando un suceso inesperado vino á dar otra dirección á sus ideas: el joven Alejo, su mejor amigo, murió á sus pies, herido por un rayo. Cerró los libros de Aristóteles, que apenas había abierto; y atónito y asustado, como San Pablo en el camino de Damasco, el estudiante levantó los ojos al cielo, y creyó oír una voz que le gritaba: «¡Al convento!» Entonces fue cuando, después de haber invocado los auxilios de Santa Ana, hizo solemne voto de seguir la carrera eclesiástica. Aquella noche salió de su habitación sin despedirse de sus condiscípulos, y con un lio debajo del brazo, dentro del que llevaba un ejemplar de Plauto y otro de Virgilio, se encaminó hácia el convento de los agustinos, y llamó á la puerta, diciendo:

—Abrid, en nombre de Dios.

—¿Qué quereis? le contestaron.

—Consagrarme á Dios.

—Amen, replicó el portero, abriendo la puerta al mismo tiempo.

Al día siguiente Lutero devolvió á la Universidad las insignias profesionales que había recibido de ella en 1503.

Esta fuga tan precipitada llamó mucho la atención; los catedráticos enviaron á buscar á Lutero á aquellos de

sus discípulos á quienes él dispensaba mayor afecto; pero no quiso verlos, y estuvo completamente solo por espacio de un mes.

Martin escribió una carta á su padre, participándole la resolución de consagrarse á Dios. Hans se enfureció con esta noticia, y respondió á su hijo en los términos mas severos, haciéndole sentir, no tanto los arrebatos de la ira, como la ironía del desden y del desprecio; pero el jóven creía en Dios, y por esta vez la voz paternal no fue escuchada. ¿Quién es capaz de adivinar las emociones que experimentaria un alma del temple de la suya, despues de la horrible muerte que el rayo causó al amigo á quien tanto amaba? ¿No habria sido muy fácil que se hubiese entregado á la desesperacion, ó que hubiera caido en la locura, á no tener delante de sí aquel asilo, que podia curar sus terrores y devolverle el reposo perdido?

Lutero entró, pues, en el convento con la imaginacion turbada por la muerte repentina de su amigo, y temiendo el ir á caer, sin advertirlo, como Alejo, en manos de la Divinidad, si la tierra se abria bajo sus pies. Semejante vision le atormentó mucho tiempo en sus sueños; parecíale oír por la noche la voz del muerto, que venía á avisarle para que hiciera penitencia. Lutero, que aun no habia probado ninguno de los goces mundanos, que era entonces tan puro y cándido, se creía un gran pecador. Para aplacar la Divina cólera ayunaba, se mortificaba como un anacoreta de la Tebaida. Tenia, sobre todo, mucho miedo al demonio, y solo á fuerza de oraciones conseguia librarse del fantasma. Un dia que estaba oyendo Misa, al leer el sacerdote en el Evangelio aquellas paladras: *Erat Jesus ejiciens demonium et illud erat mutum*, Martin se levantó aterrado, gritando: ¡Ah! ¡Non sum ego! ¡Non sum ego!

«Si Agustín se fue derecho al cielo, decia, por las paredes de un monasterio, yo tambien merezco entrar; todos mis hermanos convendrán en ello. Yo ayunaba, velaba,

me mortificaba, practicaba los rigores cenobíticos, hasta comprometer mi salud; nuestros enemigos no creerán lo que refiero, porque ellos no hablan mas que de las dulzuras de la vida monacal, y no han sufrido jamás una tentacion espiritual.»

Un himno ó una plegaria de la Iglesia disipaba con frecuencia su fastidio: le gustaba muy particularmente el canto gregoriano, y su mayor felicidad era acompañar cantando su parte á algun niño de coro. Tenia una hermosa voz de contralto.

Su noviciado fue penoso; los superiores, que notaron su inclinacion al orgullo, probaron su vocacion con enérgicas pruebas: Lutero se vió obligado á barrer los dormitorios, abrir y cerrar las puertas de la iglesia, dar cuerda al reloj, é ir con la alforja al hombro pidiendo limosna públicamente. El hermano murmuró; la Universidad de Wittenberg intervino, y puso fin á semejantes pruebas, que era de temer acabasen con él.

Profesó en 1507, y se ordenó de sacerdote en el mismo año. «¿Prometeis, dijo el Prelado Lasph, que le conferia las órdenes, vivir y morir en el seno de la Iglesia católica, nuestra buena Madre?» El neófito respondió: «Lo prometó.» El 2 de mayo, cuarto domingo despues de Pascua, fue un dia memorable, una gran solemnidad de su vida; en él celebró el Santo Sacrificio. «Hoy, escribia á Juan Braun, de Eisenach, diré mi primera Misa; venid á oírla. ¡Infeliz de mí, pecador indigno! Dios, en su infinita misericordia, se ha dignado elegirme; procuraré hacerme digno de su bondad, y corresponder á sus designios, hasta donde sea posible al miserable como yo. Orad por mí, querido Braun, á fin de que mi holocausto sea acepto al Señor.»

Lutero habia tenido por maestro en teología á Carlstadtio, que encontró medio, durante mas de quince años, de divertir al mundo con sus apostasias, sus grotescas aprensio-